

“antes” por el “después” como en el Fausto de Goethe.

El propósito de Frankl, discriminador de créditos y aportes originales de Hispanoamérica, le lleva a trazar valiosos esbozos monográficos, como son los que se refieren a “La Estructura del Pensamiento Político, Histórico y Económico del Arzobispo Virrey Antonio Caballero y Góngora”, “La Filosofía de la Historia y de la Política en la Obra de J. Natalicio González”, y “Filosofía Colombiana del Pasado y del Futuro”.

Este primer tomo de los tres que ha de publicar Frankl en torno a los problemas de “espíritu y camino de Hispanoamérica”, viene a confirmar el aprecio que ya teníamos por este autor desde la lectura de ese trabajo suyo —de elevada esencia vital y ética— que Fondo de Cultura Económica ha traducido con el título de “Psicoanálisis y Existencialismo”. La labor que ahora cumple con la publicación de esta serie de ensayos, ha de rendir importantes frutos para la develación sociológica y filosófico-histórica de lo que es y ha sido el modo de existencia hispanoamericana.

GUISA Y AZEVEDO, JESÚS: *La Civitas Mexicana y Nosotros los Católicos*. Editorial Polis. México, 1953.

“Todos los fenómenos sociales, en México, son una a manera de conspiración contra el hombre” dice Guisa y Azevedo en los primeros renglones de esta obra cuyo primer epígrafe capitular es el que la califica de “lección de pesimismo”; sin embargo, es justo decir que ni el título ni la consideración iniciales esterilizan el pensamiento y la

actividad del autor, sino que, por el contrario, la visión angustiosa de lo que es México —rápida delineación en las primeras páginas— le impele a interrogarse acerca de las causas de ese pauperismo físico, económico moral e intelectual y, una vez que cree descubrir la causa de tanta miseria, su misma contemplación pesimista le lanza a una arremetida polémica cuya corriente recorre las subsiguientes páginas del libro.

Frente al antiguo optimismo de los mexicanos que consideraban que México era un país rico y que, consecuentemente, se entregaban al más despreocupado vivir; frente al pesimismo más reciente de otros mexicanos que no ven en esta porción territorial sino la remota posibilidad de ser y seguir siendo morada y rincón de parias irredentos; frente a esas dos posiciones extremistas e igualmente vituperables, Guisa y Azevedo levanta una más nueva: un pesimismo que lleva implicados gérmenes de optimismo, primordios que, a diferencia de los antiguos, obligan al hombre al esfuerzo y no ya a la ociosidad o al abandono: México puede transformar los tonos oscuros con los que una visión realista (y no propiamente pesimista) nos lo pinta, pero para ello se requiere de un ahincarse del mexicano en la labor de dar a su circunstancia geográfica, histórica, social y política, los tonos amables con los que le gustaría verla revestida.

Para Guisa y Azevedo, México no es ni un país rico ni un país pobre; no lo contempla estáticamente sino que, con verdadera conciencia histórica, le mira en su devenir de siglos; en su transcurso que se remonta más allá de la Conquista y que trasciende de este momento de angustioso presente; ni rico ni

pobre, porque México es un país que se empobrece, un país empobrecido: no ha sabido conservar sus bosques, su fauna, su flora, sus ríos; ha sido incapaz de conservar en su vigor prístino el capital biológico, ha mostrado su abulia en la guarda del tesoro lingüístico hasta el grado de que ese gran vehículo ideacional y social que es el lenguaje ha llegado a grados de mustiedad inconcebible; o sea, que México es un país de pauperado por voluntad de los suyos, por una falta de prudencia de sus habitantes; imprudencia que el propio autor liga a la política al través del concepto *Prudentia relata ad bonum commune dicitur política*. Es así como él mismo da su diagnóstico de que, en México lo malo no es la tierra o el hombre, sino la política. Y lo creemos acertado.

Se puede —en efecto— estar o dejar de estar de acuerdo con los diagnósticos más específicos, con las precisiones de diagnóstico y terapéutica de las páginas posteriores del libro, pero, en todo caso esta primera forma de diagnosis es correcta, en ella no pueden menos que coincidir los mexicanos de uno y otro bando; es así como hemos oído decir a alguien que engrosa filas distintas de aquellas en la que milita Guisa y Azevedo, que México es un país terriblemente mal gobernado, con instituciones políticas inconcebiblemente primitivas y, desgraciadamente, no podemos menos que afirmar que es cierto.

Esa política de imprudencia y despilfarro que enerva la vitalidad de México, es identificada por Guisa y Azevedo con la política de los reformadores y de los liberales que, según trata de demostrar en su capítulo sobre la “Conciencia Histórica”, ha creado en nuestro país una

conciencia no ya a-histórica, sino anti-histórica; antihistoricismo que, para él mismo, se manifiesta en la agresión permanente por alcanzar puestos de mando, reactivos para todas las bajezas del espíritu, que permiten el logro de fines individualistas inmediatos y que obligan a los hombres a una verdadera agresión contra la Historia. Y la Historia es la única que da al hombre una calidad más alta, y a las naciones una unidad y una cohesión de supervivencia...

Política de reformadores y de liberales, política que representa para este polemista “una abstracción, una indiferencia y, para ser más precisos, una cobardía de la inteligencia”, ya que la propia doctrina liberal sirve de embozo hipócrita a la misma anarquía, y no ya a esa anarquía en cuyo régimen no habría gobierno porque cada individuo será capaz de gobernarse a sí mismo, sino esa otra anarquía de la que es hijo y sinónimo el desorden. “A México le falta orden. Somos factores de desorden, nos aprovechamos de la anarquía que nosotros mismos nos encargamos de introducir, de cultivar y de extender.”

Tras señalar como enemigo de México al estado laico, de acuerdo con sus muy particulares convicciones, hace notar que el desorden al que contribuimos depende de nuestro interés egoísta, de nuestros instintos de revuelta personal que debemos domeñar, de tal modo que “libremente tenemos que poner nuestra libertad debajo de los dictados de la causa general” puesto que si bien es cierto que el espíritu es libre, “el espíritu del ciudadano mexicano sólo puede ser libre una vez, que es cuando escoge la grandeza de México”.

Si bien es cierto que no puede haber una adhesión ciega de parte de

todos los lectores a muchos puntos de vista de este libro; si bien es verdad que puede haber discrepancias frente al matiz teológico que quiere imprimir en lo político, no es menos cierto que puede coincidirse con él en que la política mexicana para ser prudente debe tener una guía metapolítica, así como que la civitas mexicana "ante todas las cosas debe ser para los mexicanos *una manera honorable de vivir*".

KATTSOFF, LOUIS O.: *The Design of Human Behavior*. Educational Publishers, Inc. Saint Louis. 1947.

Una actitud pretendidamente científica ha tratado de reducir el comportamiento humano a un simple determinismo ya sea geográfico, ya psicológico o ya sociológico. La realidad se ha encargado de demostrar lo inadecuado de cada una de esas posturas, superándolas mediante una tesis multifuncional que considera que los elementos ambientales biológicos, psicológicos, sociales y culturales son altamente influyentes cuando obran en forma aislada, pero que de ningún modo son de por sí determinantes de la conducta humana.

Era necesario que esta misma tesis fuera superada, y lo ha sido por libros que como éste de Kattsoff o como el de Viktor L. Frankl, reconocen la importancia de todas esas determinaciones que yacen en el pasado del hombre sin dejar por ello de señalar la que tiene la indeterminación hacia la que se abre el futuro, en la que el libre albedrío humano tiene su campo de acción, y dentro del cual el hombre se convierte

en el ser consciente y responsable que configura y afirma su esencialidad.

En esta forma, el autor señala a lo largo de su libro y frente a los problemas institucionales de la economía, de la educación, de la política y de la religión, la importancia que tienen los valores para un comportamiento humano al que hay que considerar siempre cargado de propósitos.

El conjunto de los valores aceptados por cada individuo constituyen para el autor una matriz con respecto a la cual se juzgan todas las experiencias vitales; el hombre no se comporta en determinada manera con el sólo fin de comportarse así, sino que busca satisfacer ciertos valores más amplios que las necesidades y tensiones básicas que algunos consideran como la más apropiada piedra de toque, y como la meta que trata de alcanzar la conducta humana.

Esta conducta humana está enmarcada y se realiza en y a través de un ámbito social, un sistema intersubjetivo en el que el individuo está incluido y al cual debe ajustarse; ajustarse, sí, pero no ya a la manera en que lo hace el animal con respecto a su ambiente, sino con un propósito ulterior que, puede considerarse como lo hace Goldstein, "la completa realización del individuo" fuerza unificadora que, en cuanto no se satisface, nos hace que consideremos al individuo como socialmente enfermo aún cuando fisiológicamente pueda considerársele como sano.

De este modo, el conflicto mental (y social), se resuelve para los axiologistas en un conflicto de valores que el individuo se ve obligado a resolver por